

Juan Carlos Gil González
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

[03] Juan Belmonte o la forja de un héroe popular

1. Un reportaje periodístico convertido en libro

1.1. La estructura

Este libro, *Juan Belmonte, matador de toros*, es la primera obra sobre la Tauromaquia de un periodista, que ni era taurino, ni que se sepa, tampoco, gran amante de la Fiesta de toros. Sin embargo, la magia, trascendencia y preeminencia del matador de toros Juan Belmonte García son tan poderosas y necesarias para comprender las primeras décadas del siglo XX, que una mente inteligente y audaz como la de Chaves Nogales no pudo sustraerse a su indagación. El resultado no es una simple biografía sino una jugosa radiografía interior de una España empobrecida y caciquil en la que destacaban sólo aquellas personas que eran capaces de sublimar su vida en pro de una catarsis colectiva que transmutaba en héroes a todos los que participaban en esa fiesta.

Estructuralmente, la obra puede dividirse en tres grandes etapas, cada una de las cuales coincidentes con un momento estelar de la vida de Juan Belmonte. Desde un punto de vista global, en los primeros capítulos no sólo está la infancia del niño Belmonte sino que se trazan los arduos años de principios del siglo XX en la provinciana ciudad de Sevilla. Una ciudad, según Chaves Nogales, hermética, dividida en sectores aislados que son como compartimentos estancos.

Las calles de la ciudad con sus tiendecitas de frutas y sus mujeronas cuchicheando por las esquinas; el templo maestrante idealizado por los jóvenes aspirantes a dioses

paganos del toreo; Triana y sus callejuelas laberínticas repletas de personajillos que toreaban la vida para no trabajar; los puestos de quincalla en los que se ganaba lo imprescindible para beber en la taberna sin dejar nada fiado, y finalmente ese inmenso Guadalquivir, símbolo de la vida y testigo de las hazañas de esos chiquillos harapientos que jugaban a ser hombres con una rivalidad encarnizada. Ahí están pues esos lugares míticos y familiares, reales y simbólicos, físicos y metafísicos, históricos y legendarios... que han singularizado a esta histórica Sevilla.

1.1.a. La etapa formativa

La historia se inicia con la presentación de Juan Belmonte por parte de Chaves Nogales y su aparición en el abigarrado mundo de la calle Ancha de la Feria, una síntesis extraordinaria del Universo, según definición del autor. Dicha calle comercial, cargada de contrasentidos y anacronismos (el memorialista al lado de una cabina de teléfonos; las pañerías inglesas al lado de un ropavejero, la Hermandad del Santísimo Cristo de las Llagas enfrente del sindicato marxista...) se convirtió en la selva infantil en la que arreciaban las pedradas a los mocitos de «babadero recosido y limpio que llevaban una onza de chocolate en una mano y un canto de pan moreno en la otra». Un niño tan poquita cosa como Juan Belmonte tuvo rápidamente que aprender a no perder la partida frente a esas pandillas de golfillos que esquilaban sin piedad a cualquier párvulo desorientado.

En pocos años, la familia de Belmonte dio el salto definitivo a la otra orilla del río. Se abrió para Juan una nueva patria, Triana, y en su seno, la calle Pureza, un flamante espacio por conquistar y en el que echar raíces. La tienda de quincalla en el hueco del mercado se convirtió en el único sustento para un alto número de bocas, que eran alimentadas con mucho sacrificio por parte del cabeza de familia. La muerte, elemento crucial para entender la vida de Belmonte, sobrevino repentinamente sobre su madre y la boyantía del negocio se truncó debido a la multiplicación de los vicios étlicos del padre. Una situación traumática que Juan afrontó con toda naturalidad y sin apenas sobresalto. Abandonó el colegio a edad indeterminada y se convirtió en un hombrecito: por las mañanas trabajaba en el negocio familiar, y a media tarde, trapicheaba con la vida.

Para la primera actividad fue un negado superlativo. Emocionalmente, no estaba dotado para aguantar el regateo, y las mujeres de La Algaba, sabedoras de su timidez patológica, lo engañaban sin contemplaciones. Así que al final del día el lucro de las ventas se había desmoronado como si de un castillo de arena se tratase, con el consiguiente enfado paterno. En cambio, en sus golferías y travesuras, que pronto estuvieron relacionadas con el mundo del toro, era uno de los destacados entre

los granujas del barrio. En aquellos corros de zagalones que se juntaban a la bajada del puente para jugar al toro, Belmonte se caracterizó por tener una idiosincrasia singular que le permitía ser él mismo y no un simple imitador de Antonio Montes, por aquel entonces uno de los mejores intérpretes del toreo a la verónica.

De esta etapa destacan sus famosos asaltos a las fincas para torear reses viejas por la noche, desnudos a la luz de la luna y con una simple chaqueta por engaño. Esa estampa mítica tenía una explicación racional. Debían evitarse las señales de las correrías. La cogida de una res podía rasgar el pantalón o la blusa, hecho que les delataría al llegar a la plaza del Altozano. Los maletillas, para no ser descubiertos preferían los rasguños y varetazos en la piel que los costurones en la ropa.

No debe descuidarse, que desde que la miseria se aposentó en su hogar, Belmonte planificó ser torero para sacar adelante a su familia. El negocio iba de mal en peor, su padre se había tirado al surco y sus hermanillos habían sido repartidos por los hospicios caritativos. Tal era su carencia pecuniaria que en su primera actuación en la ciudad portuguesa de Elvas tuvo que alquilar un vestido remendado que no pudo pagar hasta muchos meses después.

Desde el principio, se notó que el hijo del quincallero poseía condiciones poco comunes para la interpretación del arte de Cúchares. Calderón, un banderillero retirado y amigo íntimo del padre, fue su primer panegirista y el que le buscó los primeros contratos. El bueno de Calderón personifica el prototipo del taurino cabal que haciendo uso de la mejor retórica engrandece las faenas camperas de su protegido en las múltiples tertulias taurinas que en la Sevilla de la época existían.

1.1.b. El descenso a los infiernos y el retorno

Un traspíe al comienzo de cualquier carrera artística es sinónimo de fiasco, así que la segunda etapa se inició con la huida de Belmonte del ambiente sevillano. «Pronto pude advertir —señala Belmonte— que mi fracaso en la plaza de toros de Sevilla era la ruina total de mis ilusiones. Todo se volvió contra mí: la familia, los amigos, los protectores. Eché mala fama y no me quedó más cobijo que el de aquel amor al que lo había sacrificado todo». Tras un largo invierno trabajando de peón picapedrero en la Corta de Tablada se marchó a Valencia con sus ilusiones por equipaje. En la ciudad del Turia buscó la segunda oportunidad que en su tierra se le había negado.

Lejos de su Triana vivió la cara y la cruz de la Fiesta. Sufrió la hiel de la cornada y las mieles del triunfo: los apuros económicos viviendo de prestado en una pensión y el envío de los primeros honorarios a su familia. Pero lo más importante de su gran exilio es que regresó a la capital hispalense con una pregonada fama de

novillero diferente, arrebatador, expresionista y valeroso. Su toreo se convirtió en un gran enloquecedor de masas por la novedad en las formas, por el terreno tan comprometido que pisaba, por las distancias tan cortas en las que se desenvolvía y, sobre todo, por el estatismo, la templanza y ligazón de sus faenas. A fines de la primera década del siglo XX se pusieron las simientes para que empezase a florecer la gran figura que asombrará a los aficionados taurinos y enloquecerá a los intelectuales de Madrid, por la manera tan indolente de jugarse la vida.

Con un buen ramillete de triunfos por todas las plazas en que torea y con la aureola de un torero rompedor y paradigmático, toma la alternativa en Madrid el 16 de octubre de 1913. Al año siguiente principia la enconada rivalidad con José Gómez Ortega, *Joselito*, propiciada más por los seguidores de uno y otro bando que por la enemistad entre los propios toreros. *Gallistas* y *belmontistas* pueden ser un trasunto de esas dos Españas irreconciliables y eternamente enfrentadas.

Unos (los gallistas) representaban la España moralmente alicaída y prosaica vuelta sobre sí misma y carente de recursos para adaptarse a los nuevos tiempos. *Joselito* era el fin de un trayecto que se había iniciado con Pedro Romero un siglo antes. En la otra trinchera estaban los belmontistas, ese grupo culto de universitarios, dinámicos, formados en el extranjero y que veían en la personalidad del torero de Triana una ruptura tajante con el pasado. Belmonte y su grupo de amigos intelectuales (Valle-Inclán, Sebastián Miranda, Pérez de Ayala, Romero de Torres, Gómez de la Serna...) se saltaban las normas taurinas y las literarias para desdecir a los maestros de las épocas anteriores.

Belmonte, la noche que llegó a Madrid, cayó en el Café de Fornos, y afirmó: «me sentí fuertemente atraído por la vida extraordinaria de los artistas y los escritores, que para mí estaba envuelta de una aureola bohemia y romántica. Procuré desde el primer momento ganarme sus simpatías, y vi maravillado que me la otorgaban con largueza».

Es en esta etapa cuando viaja por América y conquista taurinamente a la afición hispanoamericana. Su experiencia en el continente hermano la emplea para abrir los horizontes de su mente, y darse cuenta de que las antípodas del mundo bien podrían localizarse en Triana, y no como él pensaba. Observó horrorizado la segregación familiar de los inmigrantes judíos y polacos principalmente cuando desembarcaban en el Puerto de Nueva York; vivió plácidamente en la finca del dictador venezolano Juan Vicente Gómez, conoció la ilustrada ciudad de Buenos Aires... Pero además, Lima, Cuba, París —entre otras— fueron las ciudades visitadas y asimiladas por la inquieta mente de Belmonte. A su regreso, «Triana en masa bajó a la estación a recibir a su Juan.» El niño endeble, el torero bajito, mermado físicamente y con cierta tartamudez se había transformado en héroe popular que arrastraba multitudes.

1.1.c. La muerte como complemento de la vida

La muerte heroica del Espartero y la muerte invisible de su madre fueron dos acontecimientos que pasaron casi desapercibidos para el protagonista del libro. Sin embargo, la muerte trágica por inesperada de su gran rival en la plaza pero amigo fuera de los ruedos, *Joselito*, le afectó enormemente. Se inició ahí la tercera etapa de su vida atravesada por la responsabilidad que asumió sólo en la Fiesta y por la melancolía producida por la ausencia de su mejor complemento.

Cuando el toro de la Viuda de Ortega, de nombre *Bailaor*, segó la vida del Albert Einstein del toreo se fue con ella la piel de muchas vivencias compartidas entre ambos cómplices. Dicha muerte fue una cornada para Juan, cuya cicatriz lo marcó de por vida. La lírica terriblemente sórdida de la muerte de José lo sorprendió en su casa jugando al póquer con unos amigos. Y tras las primeras incertidumbres se confirmó la fatal realidad. «Miré a mi alrededor —recordó Belmonte— y tuve miedo. ¿De qué? No lo sé. El pecho se me anegaba de una linfa amarga, y cuando ya la garganta no pudo contener por más tiempo aquella inundación de dolor, estallé en sollozos. Lloré como nunca había llorado en mi vida».

Su actitud en el mundo del toro se transformó. Tras la ausencia de su compañero aprendió sus lecciones defensivas y su toreo ganó en seguridad a la vez que perdió en emoción. Los públicos y el héroe necesitaban un descanso mutuo. Pero tras el interludio volvió a la cara de los toros con más vehemencia y rabia. Su afición había permanecido intacta y quería mantener su fraguado prestigio de figura. Mantuvo el tipo durante tres temporadas (1925; 1926; 1927) y su mayor triunfo fue demostrar a la crítica que no le movieron cuestiones crematísticas sino dar rienda suelta a su pasión más descontrolada y mejor acendrada en lo más hondo de sus entrañas. Como él dejó escrito, «el toreo es fundamentalmente un ejercicio de orden espiritual y no una actividad meramente deportiva.»

Se cierra el libro con las reflexiones del protagonista sobre multitud de aspectos que inquietaban a sus partidarios hacia el año 1935. La selección del toro de lidia, los problemas con las caídas de los cinqueños, el peto de los picadores, las nuevas formas del toreo, la venalidad de la crítica y los intereses creados por la propaganda taurina (él mismo fue uno de los primeros toreros en firmar una exclusiva de veinticinco corridas de toros con la Empresa Pagés, al margen del resultado de los espectáculos), la llegada masiva de los toreros mexicanos... son algunos de los asuntos abordados en las últimas páginas de la obra.

Sus juicios son exagerados y carecen de perspectiva histórica. Además, no acertó en la mayoría de sus predicciones sobre el toreo. Éste ha evolucionado y en la actualidad, el misterioso trance de la vida y la muerte se sigue librando en los ruedos

de España, Francia, Portugal y Latinoamérica con ánimos renovados. La selección del toro de lidia se ha enderezado, las figuras actuales siguen ejerciendo su magisterio, el público acude en masa a las plazas y este año, la reaparición de José Tomás ha convulsionado los entresijos de la Fiesta.

Y como no podía ser de otra manera, Juan Belmonte, terrateniente hacendado en los crispados años de la II República, no fue muy partidario de los eslóganes insensatos que fácilmente habían calado en los desarraigados obreros. Con todo, en sus tierras dejó hacer e incluso permitió que le robasen las cosechas de aceitunas. A los pocos días él se las compraba a los jornaleros e iba al molino a venderlas. Desde el punto de vista de Belmonte: «aunque el aparato de la revolución era impresionante, la realidad revolucionaria era muy inferior a lo que aparentaba. Todo se reducía a los hurtos en el campo y a los sustos que los jornaleros daban a los propietarios que habían caciqueado o ejercido la usura. Por lo general la rebelión de los campesinos no fue más allá».

1.2. La técnica del reportaje y el lenguaje

Este reportaje convertido en libro sorprende principalmente por dos razones: de un lado, por la técnica narrativa empleada y, de otro, por el manejo de un registro léxico excesivamente culto para un personaje como Belmonte.

Llama poderosamente la atención la actitud de Chaves Nogales cuando decide afrontar el reto de escribir la biografía de un personaje único en su arte. Se convierte en un narrador omnisciente que conoce todos los vericuetos protagonizados por el biografado. El autor lo presenta a edad infante, empleando para ello el presente de indicativo como si en ese momento se estuviese produciendo la llegada al mundo de Belmonte. «Juan es un niño atónito, que cuando asoma por las tardes al portal de su casa (...) se siente sobrecogido por el espectáculo del mundo».

Esta estrategia es propia del lenguaje periodístico y por ello, el firmante de la obra emprende un juego de ficción con el lector, puesto que Chaves Nogales, en tanto que responsable último de lo que se afirma, intenta hacer creer que él es (fue) testigo de esos primeros acontecimientos de la vida de Juan Belmonte.

Lógicamente, a partir del capítulo dos, y sin previo aviso al lector, hay una transición en la voz sustentadora del relato. El narrador omnisciente de los dos primeros capítulos cede su protagonismo narrativo al que hasta esos momentos había sido el personaje principal. Pero esa alteración es radical y trascendental, ya que el primer narrador no vuelve a dar ninguna señal a lo largo del libro. A partir de entonces, y sin que pueda extrañar lo más mínimo, nos encontramos con un personaje-narrador, dueño y señor de todos los resortes de las múltiples hazañas, historias y peripecias que se explicitan en la obra. Y, además, su inmenso poder no

acaba ahí, pues se manifiesta fehacientemente, en el amplio surtido de acotaciones y comentarios que se extienden por cada uno de los temas tratados.

Las reflexiones son muy lúcidas y tienen un tono de cercanía excelente que las aleja del ensayismo puro y duro. A veces, sobrepasan la línea de lo permitido y abusan del sentido común rozando incluso la vulgaridad. La explicación hay que encontrarla en la cercanía entre el personaje y el lector. A veces expone sus cuitas y secretos en forma de monólogo interior para que los receptores descubran cuáles son sus pensamientos, sus miedos e inquietudes, sobre todo en momentos trágicos. Con esa milimétrica cercanía Juan Belmonte hace copartícipe de la escena a todos los lectores.

De otro lado, extraña, por prodigioso, que el verdadero Juan Belmonte fuese capaz de extrapolar tantas minuciosidades de su vida real al papel impreso. Y sobre, todo, es poco creíble semejante tino en los múltiples arquetipos retratados: desde el intelectual de vocabulario torrencial y cabellos nevados y ralos, hasta el tabernero paciente, comprensivo y audaz de los bares recónditos de Sevilla, que atiende con toda la paciencia imaginable a esa feligresía de bebedores aguardentosos que poblaban las barras. Sin olvidar a los desarrapados del barrio de Triana, ni a los señoritos influyentes, ni a los estirados novilleros que con un mal pase querían vivir del cuento, ni a los ganaderos de estética y modos decimonónicos que presumían en los tentaderos ante su selecta concurrencia tratando como bestias a los aficionados de sus tapias...

Todos estos personajes están muy caracterizados, desempeñan el papel que les corresponde y se comportan de acuerdo a su posición social y experiencias. Es decir, por parte del narrador-personaje hay un acierto mayúsculo, lo cual nos indica claramente que es Chaves Nogales el responsable literario de la obra, aunque esté recubierto por la máscara del protagonista.

El reportaje se transforma en una autobiografía memorialística adobada con un sinfín de apostillas sobre su presente: los intelectuales, Madrid y los madriles, los personajes que pululan en torno al mundo del toro, la inmigración y sus consecuencias, las revueltas campesinas de la II República... Un personaje real, Juan Belmonte, que habla ficticiamente a un lector taurino gracias a la prosa de un narrador que tiene la habilidad de pasar inadvertido, es decir, lingüísticamente no deja huella en el relato. Con dicha estrategia Chaves Nogales consigue que su nombre quede soterrado por la inmensa grandeza del personaje, que en definitiva, es una de las aspiraciones de todo buen periodista que se ejercita en los géneros informativos.

1.2.a. El lenguaje y su atracción

Después de que en 1922 Bertrand Russell ideara la inteligente teoría de la jerarquía del lenguaje, éste tiene una doble función literaria: por un lado, comunicar, en tendi-

do, como dar forma a los mensajes; y por otro, caracterizar a los personajes, es decir, como elemento identificador de los rasgos prototípicos de aquellos actores que centran la acción de una narración. Chaves Nogales hace alarde de una exquisita pulcritud en el manejo del lenguaje. Justo, minucioso, directo y poco dado a los florilegios retóricos. El narrador de los primeros párrafos no recurre a la metáfora sino que escribe lo real de un personaje que nace y vive, la fisiología de un barrio mundano de una ciudad emblemática. Con un tono refinado deja marcas léxicas que enhebran sutilmente los distintos pasajes de una historia que se va a tejer por sí misma. Nada habría que reseñar si el autor fuera el narrador omnisciente durante todo el relato.

Por tanto, no parece muy asumible por un lector atento y conocedor de las vicisitudes de Juan Belmonte, la impecable soltura que éste demuestra página tras página en el empleo de un vocabulario enormemente acrisolado. No son propias de un imberbe instruido nada más que por la experiencia cotidiana del barrio de Triana de principios del siglo XX, expresiones como: *golpes isócronos de la sangre caliente; un estafermo ególatra; o batahola y bigardo*, pongo por caso.

Es verdad que desde que conoció a sus amigos intelectuales nunca cejó en su empeño de expresarse con corrección, a pesar de su quejumbrosa tartamudez. También fue, según recoge José María de Cossío en la biografía que escribe para *El Tratado técnico-histórico*, un lector impenitente de todo aquello que caía en sus manos; y no es menos cierto que cuando alcanzó la bonanza económica suficiente viajó por toda España y América con una maleta abarrotada de libros. Estas pruebas demuestran que sus inquietudes intelectuales tenían altos vuelos, pero no son indicios suficientes para inscribirlo en la nómina de los prosistas más ripiosos.

Ahora bien, si es cierto que «la historia del hombre puede reducirse a la de las relaciones entre las palabras y el pensamiento», como sostuvo Octavio Paz en *El arco y la lira*, las peripecias, los acontecimientos y las vivencias de Juan Belmonte no podrían haberse expresado de mejor forma. Así que lo que desde un punto de vista formal puede ser una falla, desde la perspectiva lectora es un verdadero acierto, ya que gracias a esa pulcritud expresiva se gana en verosimilitud.

No sería plausible, por otra parte, que un reportaje escrito por una de las plumas más viajeras y cotizadas de la época se expresase con precariedad y no sería propio de un periódico serio que las conversaciones entre un entrevistador y un entrevistado se transcribieran tal cual. Es ahí donde reside la verdadera calidad literaria de esta obra, en saber combinar un lenguaje culto y acertado con otro igualmente correcto pero de un nivel más asequible para los receptores.

En definitiva, la clave de estos reportajes transfigurados en libro está en el vagabundo —entiéndase en un sentido vital y moral— como una forma de ser y de es-

tar en el mundo, en el nomadismo intelectual, en el ensayo con las nuevas formas del arte del toreo, y en las múltiples formas de afrontar y entender la muerte. Así pues, tras la lectura de esta obra, Juan Belmonte se nos revela como un auténtico filósofo trotamundos curtido en la universidad de la experiencia. Con una aparente sencillez y sin haberlo pretendido de antemano, Belmonte enseña al lector a aprender del silencio, de las dudas, de los errores y de la experiencia personal... Es una suerte de maestro de la vida que sabe encontrar las soluciones oportunas a todos los interrogantes que se van sucediendo a lo largo de su camino de transformación de niño en hombre, de hombre en torero y de torero en héroe universal.

Su epopeya simboliza todas las historias de los que con posterioridad se han hecho figuras del toreo por el espinoso camino del esfuerzo y la inflexible afición al mundo de los toros. Y Juan Belmonte, en tanto que figura esencial de un arte tan *sui generis* a la vez que universal, aparece en estos veinticinco capítulos con los mismos atributos, inteligencia y aportaciones a la humanidad que Paul Gauguin, Vincent Van Gogh, Baudelaire o Dostoyevski, es decir, puede compararse en pie de igualdad al resto de próceres de otras manifestaciones artísticas que con sus nuevas concepciones del arte han transformado el mundo.

2. Juan Belmonte, o el ejemplo práctico del nihilismo

Bajo su aparente diversidad, la mayoría de los sistemas filosóficos-trascendentes intentan explicar la presencia necesaria de la muerte en la vida. Sin embargo, el nihilismo, desde su vasta complejidad, se empeña en sacar a la luz pública ese fondo común que vertebra a dichas propuestas teóricas. Diógenes y Nietzsche reprocharon a la filosofía de su tiempo que nunca hubiese desesperado a nadie, y ahí posiblemente anida el valor esencial del nihilismo de ambos autores: en su profundo atrevimiento en negarlo todo. «Ni Dios, ni amo, ni muerte, ni yo». El nihilismo representa la honrada virtud de la negación, o lo que es lo mismo, dejar al hombre expuesto ante la desesperante tarea de tener que enfrentarse a cualquier proyecto vital sin sustento moral, sin red de apoyo y sin religión que lo redima en última instancia.

Y simbólicamente, Juan Belmonte con su nueva teoría del temple, con su novedosísima concepción de los terrenos y las distancias, supuso la ruptura con el canon taurino vigente en su época. Encarna la figura del torero-nihilista porque niega la ley fundamental del toreo y supera a la muerte representada en el negro caos, en la fuerza incontrolada de la naturaleza, que es el toro. Belmonte rompe con las leyes de la lógica taurina. Rafael Guerra decía: viene el toro, o te quitas tú o te quita el toro, y Belmonte le replica, viene el toro, lo embarco, lo deslizo con mi muleta y lo despido con un suave toque de muñeca; así que ni me quito yo ni me quita el toro.

De esta forma tan sugestiva se aparta del redil de lo necesario y torea al destino sin consecuencias secundarias. Lo milagroso de este trance inverosímil es que el torero de Triana lo culmina sin el auxilio de una teoría científica, sólo se ampara en la natural improvisación y en la intuición original de un artista-creador.

Belmonte, en tanto que aglutinador de todas las esperanzas de los mortales, subyugaba a la multitud porque cada tarde burlaba, soslayaba y se rozaba pecaminosamente con la muerte sin caer en sus tentáculos. El público taurino de la época se vio reflejado en el torero de Triana. Su triunfo es el triunfo anhelado por todos los que acudían a presenciar su danza con la muerte. La razón de esa común unión entre público y héroe obedece a un código ético insuperable.

Un horizonte de miseria, carestía y podredumbre que sólo podría romperse con un triunfo radical. Para obtenerlo Juan Belmonte emprendió un viaje iniciático: abandono del hogar paterno (huida a Valencia en busca de la fortuna perdida en Sevilla), descenso a los infiernos (toreo a la luz de la luna en los cercados de Tablada librándose de los guardias y de las cornadas, como dura etapa de formación, es decir, viaje por un inframundo peligroso y laberíntico del que era muy difícil salir); triunfo duradero y ascenso en la escala social (compra de una casa en Madrid, vivencias compartidas con lo más granado de la intelectualidad); y finalmente regreso a sus orígenes, entendido como una reconciliación con el pasado (retorno a Triana y a las tertulias taurinas de los bares de Sevilla, en las que Juan Belmonte pasó gran parte del día, cuando ya se había retirado del mundo del toreo activo).

Belmonte, al ejecutar la trágica ceremonia conforme a las etapas preceptivas de un rito ancestral, aunque quebrando las normas tradicionales, posibilita que el triunfo o el fracaso singular se transformen en el éxito o el fiasco de una pluralidad de persona, en la medida en que dicha colectividad los asume como propios. Metafóricamente, pues, entre el torero y su populosa pléyade de feligreses se produce una comunicación bidireccional cargada de significados enriquecedores para ambos.

Juan Belmonte, cual Quevedo taurino, ha sabido ser barroco y clásico a la vez, ha sabido ser un torero lírico y un torero dramático, un poeta y un prosista infinito. «Su espíritu sin nombre, su indefinible esencia», como diría Bécquer, es lo que ha rasgado las coordenadas espacio-temporales y lo que se ha grabado en la memoria colectiva y popular de esta poliédrica historia de España.